

General Conference Daily Bulletin, 1895

El mensaje del tercer ángel (nº 16)

A.T. Jones

Abrid vuestra Biblia en el capítulo 58 de Isaías. Leamos una parte de ese capítulo para comenzar esta tarde en el lugar en que terminamos anoche:

“¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta! ¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado! Ellos me buscan cada día y quieren saber mis caminos, como gente que hubiera hecho justicia y que no hubiera dejado el derecho de su Dios” (vers. 1-2).

Es decir, como si estuvieran en armonía con todos los juicios del Señor.

“Me piden justos juicios y quieren acercarse a Dios. Dicen: ¿Por qué ayunamos y no hiciste caso, humillamos nuestras almas y no te diste por entendido? [Y esta es la respuesta:] He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio interés y oprimís a todos vuestros trabajadores. He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicualemente; no ayunéis como lo hacéis hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es este el ayuno que yo escogí?” (vers. 2-5).

El texto pregunta: “¿Es este el ayuno que yo escogí: que de día aflija el hombre su alma...?” Es preferible la traducción alternativa: “...¿que el hombre aflija su alma por un día?”. Alguien se propone ayunar. No toma comida, quizá desde el desayuno hasta la cena, y aflige su alma pasando hambre de esa manera. A eso le llama ayuno. Afligió su alma por un día.

“¿Es este el ayuno que yo escogí: que de día aflija el hombre su alma, que incline la cabeza como un junco y haga cama de telas ásperas y de ceniza? ¿Llamaréis a esto ayuno y día agradable a Jehová?” (vers. 5).

Este es el ayuno que el Señor ha dispuesto:

“El ayuno que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo? ¿No es que compartas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras y que no te escondas de tu hermano?” (vers. 6).

En este punto concluimos el estudio anoche. Ese es el ayuno que Dios ha escogido para su pueblo; el ayuno aceptable para el Señor. Pero es un tipo de ayuno que jamás podrán observar los que deseen hacerlo, hasta tanto no hayan alcanzado la situación en la que vean a Jesucristo tal cual es: asociado a toda alma en esta tierra, y estén dispuestos a tratar a cada persona en correspondencia con la relación que Cristo estableció con ella. Cuando alcancemos esa condición, cuando la alcancemos en Cristo -pues dicha condición está en él, ese será el ayuno que haremos todo el tiempo.

Os leeré un párrafo que encontré recientemente en un Testimonio:

“Busquemos por cielo y tierra, y no encontraremos otra verdad más definidamente revelada que la que se manifiesta en misericordia precisamente para los que necesitan su simpatía a fin de quebrantar todo yugo y dejar en libertad a los oprimidos. De ese modo se vive, se obedece y se enseña la verdad tal cual es en Jesús” (*Cada día con Dios*, p. 222, traducción revisada).

Así pues, manifestando misericordia a quienes están en necesidad de simpatía, contribuyendo a quebrantar su yugo y poniendo en libertad a los oprimidos, es como “se vive, se obedece y se enseña la verdad tal cual es en Jesús”. ¿No nos lleva eso al lugar en el que está Jesús? ¿No se trata de Jesús mismo? Lo que estamos estudiando es precisamente que Jesús se ha vinculado con toda alma en la tierra; que se ha relacionado con cada cual

en carne pecaminosa, y que por lo tanto, no debemos escondernos de quienes son nuestra carne. Cuando nosotros, que profesamos el nombre de Cristo, lo tengamos a él en alta consideración, en cada ser humano con quien se ha vinculado, habrá una sola y gran Compañía de Ayuda Cristiana allí donde exista una iglesia adventista del séptimo día. La obra de Ayuda Cristiana se desarrollará en todo tiempo y lugar, puesto que eso es auténtico cristianismo.

No tengo nada en contra de las Compañías de Ayuda Cristianas que se han organizado, excepto que es una lástima que se hayan tenido que formar a partir de tan pocos adventistas del séptimo día. Eso es lo único malo. ¿Por qué tiene que suceder que sólo una parte de la iglesia esté dispuesta a implicarse en la obra de la Ayuda Cristiana, o a organizarse en Compañías de Ayuda Cristiana? ¿Cuál es nuestra profesión en el mundo? Profesamos el nombre de Cristo, lo que exige que respetemos la inversión que él hizo en cada alma humana, y que ministremos a todos los necesitados.

Por otra parte, la organización de grupos de ayuda por la motivación del mero deber, auto-obligándonos y comprometiéndonos con esa labor sin ver a Cristo en ello, al margen de esa relación con Cristo y de ese amor por él que es capaz de apreciar su interés en todo ser humano, y que ministra en su favor según el vínculo que él ha establecido con todo ser humano, eso significaría igualmente errar el blanco. Existen otros tipos de labor cristiana, pero ninguna es mayor que esta. “Busquemos por cielo y tierra, y no encontraremos otra verdad más definitivamente revelada” en la obra por Cristo, y en la enseñanza de la verdad tal cual es en Jesús. No hay cosa igual en el cielo o en la tierra.

Ahora precisamente, en el momento en que es necesario por doquier un ayuno como ese, y especialmente entre nosotros, qué bendición tan grande tenemos porque el Señor nos lleve a ese punto, revelando ante nosotros el tema, concediéndonos el Espíritu y el secreto que todo lo obrará en nombre de Cristo, por su causa, con su Espíritu y para todo ser humano, pues Cristo ha comprado a cada alma. Allí donde nos encontremos con un ser humano, Cristo se ha vinculado con él. Esté donde esté, Cristo está interesado en él; invirtió todo lo que tenía en esa persona.

Eso nos debiera llevar a hacer siempre todo lo posible para presentar los encantos de Cristo, las gracias de Cristo y su bondad, a aquellos que no lo conocen a pesar de que él lo invirtió todo en ellos, de forma que sean atraídos a esa situación en la que también ellos respondan a la bondad de Cristo y a la maravillosa inversión que ha hecho en ellos.

Si lo hacéis a causa de los hombres, o para vuestro propio crédito, por supuesto podéis resultar engañados. Pero si lo hacéis como si fuera a Cristo, por causa del interés que Cristo tiene en esa persona, es literalmente imposible que seáis engañados; ya que Cristo vive por siempre y nunca olvida. “Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo niegues” (Mat 5:42).

Este es el principio implicado: Es a Cristo a quien lo estamos haciendo. Tal como vimos en el tema precedente, aunque la persona pueda despreciar a Cristo y no creer en él por tanto tiempo como viva en el mundo, hundiéndose a la postre en la perdición, Cristo, en ese gran día en que me situará a su mano derecha, no lo va a olvidar. Recordándolo, dirá: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mat 25:40).

Conocéis las palabras de Mateo 10:42: “Cualquiera que da a alguno de estos pequeños un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa”. Si eso es así, realizado simplemente en el nombre de un discípulo, ¿qué no será, en el nombre del Señor mismo? “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra

obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndolos aún” (Heb 6:10). ¿Los estáis sirviendo? Esa es la cuestión.

Esa es la verdadera comunión, la verdadera fraternidad. Hoy oímos mucho sobre “la paternidad de Dios y la fraternidad de los hombres”. No cesan de organizarse grupos de diferentes tipos, basados en la idea de lo que llaman “paternidad divina y fraternidad humana”. Pero la suya se trata de una fraternidad exclusiva. ‘Si perteneces a nuestro grupo, entonces disfrutarás de la fraternidad humana, pero si no es así, no tenemos nada que hacer contigo’. Hasta las propias iglesias actúan de esa manera: ‘Si perteneces a nuestra iglesia, aquí tienes la fraternidad humana; pero si no perteneces, no tenemos en ti ningún interés particular, dado que no es nuestra misión preocuparnos de las necesidades de los que están fuera de la iglesia’. Así es nuestra fraternidad.

Por supuesto, eso no es de ninguna forma fraternidad. La verdadera paternidad de Dios y fraternidad humana, es la fraternidad del hombre en Jesucristo. Es ver a Jesucristo tal como se ha vinculado con cada ser humano, y como habiéndolo entregado todo por cada ser humano. En ello rompió la pared intermedia de separación. En su carne, que fue la nuestra, derribó la muralla de separación que había entre nosotros, para hacer de los dos un nuevo hombre en sí mismo, trayendo la paz. Y en él no hay judío ni griego, negro ni blanco, bárbaro ni extranjero, esclavo ni libre. No hay nada de ese tipo. Todos son uno en Jesucristo, y Dios no hace acepción de personas.

Únicamente en Jesucristo está la paternidad de Dios y la fraternidad del hombre, y en Jesucristo encontramos la fraternidad humana solamente cuando encontramos a Cristo como al Hermano de cada ser humano.

La Escritura dice: “No se avergüenza de llamarlos hermanos” (Heb 2:11). De llamar hermanos, ¿a quién? A todo hijo que participa de carne y sangre. Cristo no se avergüenza de llamarlo hermano. No se avergüenza de ir hacia él y de tomarlo de la mano aunque su aliento huelga a licor, y le dice: ‘Ven conmigo, y conocerás un camino mejor’. Esa es la verdadera fraternidad humana.

Siempre ha sido la obra de Satanás el hacer creer al hombre que Dios está tan lejos como sea posible. Por el contrario, el Señor se ha esforzado siempre porque el ser humano sepa que él está tan cerca como es posible de cada uno. Leemos: “Ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros” (Hech 17:27).

El gran error que llevó al ateísmo fue pensar que Dios estaba tan alejado, no sólo en proximidad física, sino lleno de ira hacia los hombres, y esperando la ocasión para atraparlos, castigarlos severamente y hundirlos en la perdición. Contemplándolo de ese modo, comenzaron a hacerle ofrendas para mantenerlo de buen humor, y para evitar que les hiciera daño. Pero él jamás estuvo lejos de cada uno de ellos. “No está lejos de cada uno”. Es decir, está cerca. Tan cercano, que todo cuanto habían de hacer era “palparlo”. Incluso estando, como era el caso, ennegrecidos, todo cuanto habían de hacer era “palparlo”, y podrían “hallarlo” (vers. 21-28).

Entonces irrumpió el papado, la encarnación misma de esa enemistad entre los hombres y Dios. Esa encarnación del mal se presenta bajo el nombre de cristianismo; y vuelve a situar a Dios y a Cristo tan alejados, que nadie puede acercarse a ellos.

Por si no fuera suficiente, está tan alejado que María, y su padre y madre, así como todo el resto de santos católicos, incluyendo a Juana de Arco y pronto a Cristóbal Colón, tienen que acudir a mediar entre Dios y los hombres, a establecer el contacto con el fin de asegurarse de que no pasaron desapercibidos para él.

Pero no es más que una invención satánica. Cristo no está así de alejado. Está lo suficientemente cerca como para no permitir que ni una sola relación se interponga entre él y yo, o entre él y vosotros. Y así es precisamente como Dios quiere que lo veamos: tan cercano como para que resulte imposible que cualquier cosa o persona pueda interponerse. Pero, ¿para cuántos ha venido tan cerca como eso? No está lejano a ninguno de nosotros, ni siquiera de los paganos.

La encarnación de esa enemistad contra Dios, que separa al hombre de Dios -el papado-, ha reconstruido esa barrera. Viene aquí ese pensamiento al que ya me he referido: el de que es tan santo, que sería totalmente impropio que se acercara a nosotros, entrando en contacto con una naturaleza como la nuestra: pecaminosa, depravada, caída. Por consiguiente, María tuvo que nacer inmaculada, perfecta, impecable, y más elevada que los querubines y serafines; de esa forma Cristo, quien nació de ella, tomó la naturaleza humana absolutamente impecable que ella poseía. Ahora bien, eso sitúa a Cristo más alejado de nosotros que los querubines y serafines, y en una naturaleza impecable.

Pero si no viene más cerca de nosotros de lo que puede hacerlo una naturaleza impecable, queda muy alejado, pues yo necesito a alguien que esté mucho más próximo a mí que eso. Necesito que me ayude uno que sepa lo que es la naturaleza pecaminosa, pues esa es la que yo tengo, y esa es la que el Señor tomó. Se hizo uno de nosotros. Podéis ver que se trata de verdad actual en todo respecto, ahora que el papado está tomando posesión de todo el mundo, y la imagen del mismo está siguiendo sus siniestros pasos, olvidando todo lo que Dios es en Jesucristo, así como lo que Cristo es en el mundo; teniendo la forma de piedad, pero sin su realidad, sin el poder. ¿No es hoy precisamente lo que más se necesita en el mundo, el que Dios proclame una vez más los auténticos méritos de Jesucristo, y su santidad?

Jesucristo es ciertamente santo; perfectamente santo. Pero su santidad no es de esa clase que teme asociarse con quienes no son santos por miedo a que su santidad se corrompa. Cualquiera que posea ese tipo de santidad que hace que no pueda encontrarse – en el nombre de Jesús- en la compañía de los caídos, perdidos y degradados sin corromperse, mejor que se libre de ella cuanto antes, obteniendo a cambio la genuina santidad, puesto que la que poseía no vale nada: está ya corrompida desde el principio.

[Pregunta: “¿Qué hay en cuanto a la reputación?”] –El cristiano no tiene reputación: tiene carácter. El cristiano no se hace preguntas relativas a la reputación. El carácter es todo cuanto le preocupa, el carácter de Dios revelado en Jesucristo.

Hay en nuestros días una cantidad considerable de “santidad” del tipo descrito, entre los profesos cristianos. Ciertamente no podría asegurar que se encuentre toda ella fuera de la denominación adventista del séptimo día. Es ese tipo de “santidad” el que lleva a muchos a exclamar, cuando un hermano o hermana –especialmente una hermana- ha de ir y trabajar en favor de los caídos y desafortunados, simpatizando con ellos y ayudándolos: ‘Si te asocias a gente como esa, no puedo seguir relacionándome contigo. No estoy seguro de querer seguir permaneciendo en la iglesia, si es que vas a trabajar por gente como esa, trayéndolos después a la iglesia’.

La respuesta a todas esas expresiones es la siguiente: Si no quieres pertenecer a una iglesia con gente como esa, mejor abandónala cuanto antes, pues muy pronto la iglesia de Jesucristo va a estar habitada por personas así. “Los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios” (Mat 21:31).

Muy pronto la iglesia de Jesucristo va estar de tal forma moldeada por su gracia, y tan llena de su santo carácter, que sus miembros no temerán ir, tal como él hizo, hasta las

mayores profundidades para salvar a los caídos. Tendrán una medida tal de la santidad de Jesucristo, que no temerán resultar contaminados al descender, *en su nombre*, hasta los de condición más baja.

Ese tipo de santidad que dice: “Quédate en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú” (Isa 65:5), es la santidad del diablo. ¡Desechadla!

La santidad divina es ciertamente pura; es tal su pureza, que el pecado no puede soportar su presencia. Es una santidad cuya pureza y poder son tan trascendentes como para constituir fuego consumidor para el pecado. Es poder consumidor para el pecado debido a su maravillosa pureza, y el poder de esa pureza, de la santidad de Dios en Jesucristo, anhela entrar en contacto con aquellos que están cargados de pecados e impregnados de ellos, a fin de que esa santidad, encontrando un camino de entrada, consuma el pecado y salve al alma. Esa es la santidad de Cristo.

Una de las más benditas verdades en la Biblia, es que nuestro Dios es fuego consumidor debido a su santidad. En Jesucristo encontramos a aquel cuya santidad es fuego consumidor para el pecado, y esa es la garantía de nuestra perfecta salvación de toda mancha de pecado. El brillo, la gloria, la pureza consumidora de esa santidad, eliminará todo vestigio de pecado y pecaminosidad de aquel que encuentre a Dios en Jesucristo.

Así, en su verdadera santidad Cristo pudo venir y vino en carne pecaminosa a los hombres pecaminosos, allí donde están los hombres pecadores. En Cristo, y sólo en él, se encuentra la fraternidad humana. Todos son ciertamente uno en Jesucristo nuestro Señor.

Algunos han encontrado en los “*Testimonios*” la declaración de que Cristo no tenía “*pasiones como*” las nuestras. Allí está la declaración que todos pueden leer.

No debiera haber dificultad alguna en todos estos estudios, de principio a fin, si nos atenemos precisamente a lo dicho, y no vamos más allá, ni ponemos en las palabras lo que no dicen; sea que se refieran a la iglesia y el estado, a la separación del mundo, o a Cristo en nuestra carne. Ateneos estrictamente a lo dicho; no vayáis en pos de extrañas conclusiones. Algunos llegaron a la conclusión hace algún tiempo –y podéis ver fácilmente cuán horrible conclusión-, de que ‘Cristo se hizo nosotros; es nuestra carne. Por lo tanto, yo soy Cristo’. Se dicen: ‘Cristo perdonó pecados, por lo tanto, yo puedo perdonarlos. Realizó milagros: yo debo realizarlos’. Es una argumentación espantosa. No hay dos posibilidades al respecto.

Cristo se hizo nosotros, vino en nuestro lugar, débil como nosotros, y siendo en todo punto como nosotros, para poder ser hecho así por siempre, y jamás para que nosotros fuéramos él mismo. No: Es siempre Dios quien ha de ser manifestado; no nosotros. A fin de que así fuera, Cristo se vació de sí mismo y nos tomó a nosotros, para que el propio Dios pudiera venir a nosotros, apareciera en nosotros y fuera revelado en y a través de nosotros, en todo. Se trata siempre de Dios, y nunca de nosotros. Lo que significó nuestra ruina al principio fue la autoexaltación, nuestra autoafirmación y el ponernos por encima de Dios. A fin de que pudiéramos deshacernos de nuestro malvado *yo*, Cristo se vació de su justo *yo*, y se puso en el lugar de nuestro malvado *yo*, crucificándolo, poniendo nuestro *yo* en sujeción por siempre a fin de que Dios pueda ser el todo en todos. ¿Cuánto? –Todo. ¿En cuántos? –En todos. Lo hizo con el fin de que Dios pudiera ser todo lo haya en mí y en vosotros, y todo eso está en Cristo. Ese fue su objetivo. Debemos guardarnos de la autoexaltación. Cristo ha de crecer, y yo menguar. Él ha de vivir, y yo morir. Él ha de ser exaltado, y yo vaciado.